



Santa Iglesia

El cuarto de una serie de columnas sobre de "Marcas" de la Iglesia

Cada Domingo confesamos nuestra fe en una "santa" Iglesia. "Santa" significa ser apartado *para* Dios; sin embargo, a menudo nos apartamos *de* Dios por nuestros pecados. ¿Cómo puede la Iglesia ser "santa" si está llena cada Domingo con pecadores como nosotros?

La Iglesia es santa porque su Señor es Santo, y Él vino para hacernos pecadores santos también. "La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros" para santificarnos a través de la vida sacramental que Él estableció en su Iglesia. En los sacramentos Jesús viene a nuestro encuentro personalmente en este mundo del tiempo y espacio con el fin de transformar nuestra profunda renuencia a "ser apartados de Dios" en la libertad de "vivir ya no para nosotros mismos, sino para Él".

La santidad Cristiana se origina sacramentalmente. Comienza con el bautismo, nuestra "adopción" como "hijos de Dios", en la enseñanza de San Pablo. Y esa adopción tiene una consecuencia inmediata: herencia. Porque si somos hijos de Dios, entonces somos "herederos de Dios y coherederos con Cristo". Bautizados en adopción en Cristo, heredamos *todas* las riquezas que Él ganó para nosotros por su sufrimiento, muerte, y resurrección. En las palabras de la Primera Carta de Pedro, "hemos nacido de nuevo . . . a una herencia que es imperecedera . . .".

Compartimos la herencia bautismal imperecedera con todos los Cristianos, porque sólo hay "un Señor, una fe, un bautismo". Ya que los Cristianos Protestantes son coherederos de toda la herencia Cristiana, los Católicos sienten un profundo respeto familiar por la santidad de sus vidas Cristianas ejemplares. Claramente la gracia de la adopción bautismal fluye a través de la Palabra en sus corazones y vive en la obra de sus manos. Sin embargo el respeto creciente por los Protestantes trae un profundo anhelo también: el anhelo de que "ellos puedan ser uno" con nosotros en reclamar la *totalidad* de su herencia bautismal.

Nosotros los Cristianos somos igualmente herederos, es cierto, pero los Católicos Cristianos entran en su herencia bautismal en su plenitud: siete sacramentos; la Palabra de Dios en las Escrituras; una Tradición de enseñanza doctrinal y moral de dos milenios; veneración pública de la Madre de Dios y de los santos; unión visible y orgánica con los sucesores de Pedro y de los Apóstoles. Los Cristianos que no son Católicos atesoran algunos o muchos de estos elementos, pero sólo la Iglesia Católica los reclama a todos como la legítima, irreducible herencia bautismal de cada Cristiano

El Hijo Pródigo pidió la parte de su herencia que le vendría. Él obtuvo lo que pidió, pero no pidió bastante. Cuando el joven se despertó por fin en su país lejano e hizo su camino a casa, el abrazo sin palabras de su padre le dijo lo que su hermano mayor pronto oiría: "Hijo, . . . *todo* lo que es mío es tuyo". La misericordia del padre abrió la puerta para que su hijo entrara a su herencia en su totalidad.

De esta parábola podemos ver que la herencia bautismal de la vida sacramental es nuestra para *recibirla*—pero no para *tomarla*. Porque la adopción bautismal, como adopción legal, no puede ser forzada. Yo no puedo declararme a mí mismo a ser adoptado legalmente, por ejemplo; ni tampoco puedo pronunciarme a mí mismo a ser el heredero de alguien. Más bien, debo *ser adoptado* por otros; debo *ser hecho* su heredero. Yo no puedo forzar la decisión de otros.

¿Cuál de Sus criaturas humanas puede forzar la mano del Padre Todopoderoso? ¿Quién puede tomar el agua viva en la mano y *obligarlo* a adoptar en el bautismo? ¿Quién de nosotros podría *insistir* en que se le diera la herencia bautismal ganado por el Hijo único del Padre? Somos herederos de los sacramentos dados gratuitamente a nosotros por Cristo a través de las manos de Su Cuerpo, la Iglesia. Nadie se bautiza a sí mismo. Nadie se confirma a sí mismo. Nadie se absuelve a sí mismo. Nadie se ordena a sí mismo sacerdote. A fin de cuentas somos siempre recipientes de la santidad que fluye de los sacramentos confiados por Cristo a la “una, santa, católica” Iglesia. “Como la rama no puede dar fruto por sí misma, si no permanece en la vid, así tampoco ustedes, si no permanecen en mí”, nos dice Jesús. “Yo soy la vid; ustedes las ramas. . . [y] sin mí no pueden hacer nada”. Una vez más regresamos, por un camino diferente, a la pregunta decisiva de San Pedro: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”.